

Producir culturas: acerca de los límites de las teorías posmodernas

GRIMSON, Alejandro (2011).

Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad. Buenos Aires, Siglo XXI.

 María Fernanda Pampín

El ensayo de Alejandro Grimson, *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, pone en primer plano los debates en los discursos antropológicos actuales. Si bien, como Grimson advierte, algunos fragmentos fueron publicados anteriormente en revistas académicas y presentados en conferencias en distintas universidades, el libro guarda una gran coherencia debido a que ofrece una argumentación sólida y no reproduce una simple recolección de artículos. El libro forma parte de la colección *Antropológicas* que el propio Grimson dirige en la editorial Siglo XXI y desde ese lugar se permite dialogar con otros reconocidos autores como Partha Chatterjee, Hommi Bhabha y Marc Angenot, quienes reflexionaron desde espacios reconocidos de la cultura occidental. Sin embargo, Grimson también explicita los nombres de aquellos colegas con los que dialoga y ha dialogado desde el espacio de la cátedra y la investigación: Aníbal Ford y Roberto Cardoso de Oliveira (que ya no están) pero además Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Mareia Quintero-Rivera, entre muchos otros. Del diálogo con el pensamiento de estos autores partieron los estudios que conforman este libro. Es decir que, además de diálogos, se perciben deudas y agradecimientos teóricos. E interesan estos nombres en tanto conforman una red de intelectuales que ayudaron a pensar América Latina desde una perspectiva propia. Con idéntica postura, Grimson arremete contra las teorías posmodernas (proyectadas desde otros espacios de poder y legitimación) que postularon el fin de conceptos como nación, territorio, frontera o identidad. Reconoce un agotamiento de esas teorías debido a que no han sabido tener en cuenta las desigualdades sociales y los poderes sobre los que se basan las diferencias. A diferencia de ellas, y con el propósito de plantear una nueva teoría de la cultura, Grimson presta especial atención a los debates políticos y culturales de las tres últimas décadas y aporta una nueva perspectiva que trabaja la alteridad, la xenofobia y el racismo.

Frente a las distintas posibilidades que ofrece la globalización cultural, es decir, continuar la tradición sin cambios visibles; luego abandonar la tradición para seguir las nuevas tendencias; y, finalmente, preservar la tradición e incorporar elementos nuevos (algo así como un punto de equilibrio), Grimson sostiene que ninguna de

esas opciones ofrecerá una verdadera respuesta siempre y cuando no exista una reflexión sobre quiénes son los actores que proponen esos cambios o continuidades. El problema radica en reconocer la autonomía de los actores. A partir de aquí el libro propone indagar la realidad intercultural para pensar el futuro globalizado. Si bien el trabajo no está dedicado exclusivamente a América Latina, desde allí elige pensar, ya que sus aportes pretenden reconocer y revalorizar la potencialidad cultural y política de la región. Para ello, entiende que cambiar el punto de partida de las reflexiones futuras estableciendo un diálogo con la investigación teórica y empírica y la experiencia social evitará el etnocentrismo. Abandona las conceptualizaciones posmodernas del constructivismo, el invencionismo y el deconstruccionismo: modas académicas que resultaron insuficientes y “perniciosas” para abordar la cultura, la identidad y la frontera como fenómenos contemporáneos (p. 17). Sin embargo, más allá de asegurar que los discursos posmodernos han perdido eficacia, Grimson no descarta sus producciones y se pregunta cómo elaborar una perspectiva posconstructivista que le permita elaborar sus propias teorizaciones en el análisis político-cultural, es decir, superar el constructivismo pero partiendo de él. De este modo, Grimson cierra un debate que cree ya agotado y plantea nuevas preguntas en torno a los conceptos de cultura, configuración cultural, identidad y hegemonía. En ese camino, se apoya en la teoría de Raymond Williams (*Marxismo y literatura*) para elaborar un proyecto intelectual que le permita reflexionar sin esferas (lo económico, lo cultural, lo político) consideradas como hechos aislados. En su desarrollo argumentativo, *Los límites de la cultura* define conceptos y categorías antropológicas fundamentales. Y, si bien el libro explicita su posicionamiento frente a cada una de las vertientes teóricas del campo que le compete, esa abundancia de definiciones ofrece, al lector no especializado o al estudiante, una muy útil introducción a sus problemáticas.

En el capítulo 1, “Dialéctica del culturalismo”, redefine el concepto de cultura para introducir los debates sobre la diversidad. Grimson entiende el concepto de “cultura” como “una trama donde se producen disputas cruciales sobre las desigualdades, sus legitimidades

y las posibilidades de transformación” (p. 41) pero prefiere trabajar con otro concepto, el de “configuraciones culturales”, que definirá a partir del capítulo 5. Una consecuencia de este punto de partida es la disociación de la cultura de la territorialidad, dado que ese antiguo vínculo omite la existencia de diferencias, desigualdades y conflictos entre generaciones, clases y géneros. De igual modo, sostiene que tampoco es posible equiparar cultura e identidad porque ambas reflejan procesos que no necesariamente coinciden. Así, la teoría antropológica debe tener en cuenta los siguientes aspectos: la desigual distribución de poder entre personas y grupos; los procesos de sedimentación y estructuración; la identidad cultural de los grupos que construyen identidades homogéneas; la distribución socioeconómica. Grimson reconoce que las políticas públicas neoliberales en América Latina intentaron, a partir del multiculturalismo, reivindicar el derecho a la diferencia de grupos o colectividades para advertir, finalmente, el fracaso estrepitoso de esas políticas, debido a que ese reconocimiento no se materializó en recursos (como sucedió con la declaración de la diversidad cultural de los pueblos indígenas). En este tipo de análisis, la introducción de la cuestión del poder —evidente en los procesos sociales y políticos— en el centro de las reflexiones sobre la cultura, representa una de las contribuciones fundamentales del libro.

En el capítulo 2, “Conocimiento, política, alteridad”, Grimson insiste en reflexionar sobre su labor de investigación. Aunque efectúa una crítica a los estudios culturales, que redenomina “corriente latinoamericana de comunicación y cultura”, se considera formado en esa línea de pensamiento por lo cual se ve obligado a justificar con insistencia por qué y cómo escribió este ensayo. Grimson plantea la necesidad de contextualizar al investigador en la medida en que adscribe a una postura ético-política determinada en una sociedad concreta, es decir, un conocimiento *localizado*, y también se refiere a la relación que el investigador establece con aquellas personas a las que intenta comprender. Sostiene que para que el antropólogo pueda construir conocimientos que no obliguen a negar las tensiones y contradicciones de la realidad, también debe analizar actores con los que no se sienta necesariamente identificado, lo que implica además reconocer en algún punto la derrota del investigador. Finalmente, Grimson plantea la necesidad de proteger las investigaciones en ciencias sociales que puedan ser manipuladas desde diversos sectores políticos.

El capítulo siguiente, “Las culturas son más híbridas que las identificaciones”, parte del concepto de “frontera”, ya que le resulta sumamente útil en su propósito de separar el concepto de cultura, del concepto de

identidad. En esa misma línea, la noción de “sujeto cruzador de fronteras”, concepto largamente utilizado en los estudios etnográficos para reflexionar sobre los contactos interculturales, aparece aquí desvinculado de las asimetrías entre Estados, sectores y grupos. Es por eso que Grimson considera productivo estudiar las zonas de fronteras siempre que se contemplen las luchas de poder y los conflictos que allí residen, las nuevas formas del nacionalismo, los estigmas que resisten, además de pensar, como ya se ha hecho, su capacidad de porosidad y de cruces. Así, Grimson revela nuevamente su preocupación por las diferencias y las desigualdades de poder. A partir del trabajo de campo en diversas zonas de nuestro continente (como la triple frontera entre Argentina, Paraguay y Brasil y la frontera boliviano-argentina) concluye que las prácticas culturales cruzan fronteras que las identificaciones reproducen y refuerzan (p. 117). Luego de estos estudios que le permitieron establecer una distinción entre diferentes tipos de fronteras: institucional, jurídico-política, económica, soberana e identitaria, Grimson sostiene que las culturas son más híbridas que las identificaciones y admite preguntarse sobre cuáles son las fronteras de América Latina.

Debido a que en los capítulos anteriores pudo deslindar el concepto de cultura (vinculado a prácticas y significados) del de identidad (que refiere principalmente a sentimientos de pertenencia), en el capítulo 4, “Metáforas teóricas: más allá del esencialismo *versus* instrumentalismo”, propone un concepto sumamente novedoso que le permite interpretar los procesos sociales y los datos de sus investigaciones: las “configuraciones culturales”. Luego de un extenso recorrido por los conceptos fundamentales que han contribuido a pensar los contactos interculturales —aculturación, transculturación, teoría de la ficción interétnica e hibridación— opone las dos tradiciones teóricas que han trabajado la cultura y la identidad: el culturalismo y el instrumentalismo.

En el siguiente capítulo, “Configuraciones culturales”, define su aporte al campo, lo que le permite sortear los problemas teóricos provenientes de las corrientes de las que se aparta. Este concepto de “configuración cultural enfatiza la noción de un marco compartido por actores enfrentados o distintos, de articulaciones complejas de la heterogeneidad social” (p. 172) y requiere una “trama simbólica común” en la que pueden incluirse y oponerse aquellos que disputan en esa configuración, la cual implica, además, campos de *posibilidad* en la medida en que incluye representaciones posibles, imposibles y hegemónicas. Grimson señala cinco aspectos que constituyen toda configuración cultural: la heterogeneidad, la conflictividad, la desigualdad, la historicidad

y el poder. Estos rasgos diferencian el concepto de configuración cultural del concepto tradicional de cultura al que Grimson se enfrenta. Mientras que la cultura se preguntaba por los individuos y los rasgos, la configuración cultural cambia el eje y se preocupa por los espacios y los regímenes de sentido. Las configuraciones no representan una suma de rasgos sino que son “combinatorias distintas, articulaciones específicas, estructuras de elementos que adquieren significado en la trama relacional” (p. 190). Luego de precisar la configuración, Grimson distingue la “interculturalidad” del “interculturalismo” y opta por trabajar con la primera, en tanto contempla las intersecciones múltiples entre configuraciones culturales.

En el último capítulo, “La interpretación de las imbricaciones culturales”, a la vez que desarrolla más profundamente sus teorizaciones, utiliza el concepto de “llaves”, que permiten al investigador abrir las configuraciones culturales: se refiere entonces a rituales, objetos, prácticas (el carnaval en Brasil) o expresiones (el *bregar* de Puerto Rico) a partir de las cuales es posible analizar un conjunto de relaciones sociales.

Finalmente, la interculturalidad a la que adscribió durante el desarrollo de su trabajo le permite a Grimson reflexionar en el Epílogo, no sin disputas, sobre quiénes somos los latinoamericanos, así como desde dónde y cómo elegimos pensar.